



MI VERANO

El retorno



Por Lety Mary Alvarez Aguila
(letymary@vanguardia.cu)

Mi pueblo es mi destino turístico. No hay un solo verano que no ostente la distinción de «más visitado». Le gana a cualquier playa o montaña en el indicador de estancia duradera. Muchas veces fue el único pasaje que nos hizo contemplar el verde de la Autopista, mientras sosteníamos con fuerza una maleta pesada.

De mi pueblo me separan 17 kilómetros y 20 minutos de viaje. «Está al doblar de la esquina», diría cualquiera. Pero ahora agregaría más que la distancia y el tiempo. Cada retorno deposita en mi equipaje el peso casi imperceptible del crecimiento. Y, claro, victorias o heridas se cargan siempre en el acto de volver.



martirena

Nunca percibo demasiados cambios. La antigua locomotora sigue ahí, en la entrada, al lado del puente, cual anfitriona que insiste en recordar un glorioso pasado azucarero. Las calles parecen más anchas ahora, y en ellas solo susurra la nostalgia. Si el viento pudiera hablar, sumaría a su ligera caricia las palabras de los que ya no están. Quizás un «Te extrañaba»; un «Cuánto has crecido». Tal vez un «Pasa luego por la casa para que te lleves un plato de harina».

Esas expresiones resuenan como ecos del alma, como la huella imborrable de quienes partieron a otras tierras o, incluso, a la eternidad. Creo que la atadura más fuerte hacia mi pueblo son las personas que habitan allí. Sus rostros también adornan la bella historia que escribí durante casi dos décadas.

Atardece. Los extensos prados esperan al menos un par de pies que pisen las hojas caídas. Es verano, pero una paradoja de la naturaleza me hace creer que convergen varias estaciones. Para mi suerte, encuentro un marpacífico rosado que se convertirá en protagonista de algunas fotografías.

Los pétalos viajan y posan por doquier: frente al majestuoso edificio de 1914, detrás de la estación de ferrocarril, en el inicio del boulevard. Tanto silencio llega a asustarme. Somos el naranja del cielo y yo en medio de construcciones que no han perdido la magia, pero sí un poco de vida.

Sonríe porque el paseo no fue en vano. Elena María sigue ahí, donde siempre. Me pregunta por la familia y el trabajo. Sergio, mi profe de Educación Laboral en la secundaria, me intercepta y me llama periodista. Nuevamente, el reloj me propina un golpe de realidad.

Mi pueblo ha cambiado mucho y nada al mismo tiempo. El escudo local, incrustado en piedra, custodia a los moradores que todavía luchan y sueñan. Caluroso y hospitalario, me invita a una introspección donde me renuevo y me descubro. Puede que no sea el mejor sitio del mundo, pero reservo para él un pedazo de corazón. Es mi raíz, mi alma, mi eterno retorno.

Si el bloqueo no existe...

Si el bloqueo no existe, ¿por qué el mundo volvió a respaldar esta semana los reclamos de Cuba ante la ONU, como lo ha hecho cada año, con una votación mayoritaria que demanda el fin de esta política de asfixia?

Si es una justificación a la que apela la Mayor de las Antillas, ¿por qué el presidente, el secretario de Estado y otros representantes del Gobierno de Estados Unidos se vanaglorian de cada nueva restricción impuesta al país y violan, con el alcance extraterritorial de las sanciones, la soberanía de otros Estados y las libertades de sus propios ciudadanos?

Si actúan en defensa de los intereses del pueblo cubano, ¿por qué asume este el costo más doloroso de esa guerra? ¿Por qué niegan diagnósticos y tratamientos a los enfermos, limitan la educación de niños y adolescentes, minan la autodeterminación de las personas en situación de discapacidad y los adultos mayores, obstaculizan el futuro de los jóvenes, impiden a los trabajadores el acceso a productos y servicios básicos, castigan a los emprendedores que quieren generar riquezas en la tierra que los vio nacer, drenan las esperanzas e intoxican a toda una sociedad con penurias, frustraciones y odio?

Si el socialismo es un sistema incompatible con la dignidad humana y este, un Estado fallido, ¿por qué no quitan el «pretexto» y lo dejan caer por su propio peso? ¿Cómo identificaremos y enmendaremos las fallas internas si no sabemos dónde termina el embargo y empiezan los errores propios?

Si tan aberrante es la continuidad que sostienen el Es-



martirena

Si son el paradigma mundial de democracia y transparencia, ¿por qué no escuchan la condena que hace su propio pueblo a una política que también los aísla, y destinan sumas millonarias aportadas por los contribuyentes a una guerra que ellos no han pedido y de la cual no obtienen ningún beneficio?

Si es infalible ese gran país que creció agrediendo, usurpando y sometiendo a otros, ¿por qué pintan a una isla que le cabe decenas de veces dentro como una amenaza para su seguridad?

Si no quieren a ninguna potencia cerca, ¿por qué osan entrar a la fuerza en cualquier región, desatar guerras y dejar solo una historia triste que contar por donde pasan?

Si tan beneficiosa es la tutela yanqui para los cubanos, ¿por qué no lograron contentar a la mayoría en 60 años de ocupación e injerencia, y un grupo de jóvenes tuvo que conquistar con las armas todo lo que le fue negado al pueblo?

Si tanto les preocupa el futuro de Cuba, si de verdad quieren que los ciudadanos seamos artífices de nuestro destino, ¿por qué no nos dejan vivir para lograrlo?



Por Mónica Sardiña Molina
(monica@vanguardia.cu)

tado y el Gobierno cubanos, y resultan anacrónicos los motivos que inspiraron la Revolución cubana y guiaron las primeras transformaciones, ¿por qué mantienen frescas las políticas de dominación colonial y guerra fría?

Si tan tolerantes son con el genocidio, los golpes de Estado, las invasiones, la desestabilización, la explotación y el saqueo en todas las latitudes, ¿por qué no admiten un proyecto que defiende la justicia social y la paz?

Tertulias hasta el amanecer



Por Idalia Vázquez Zerquera
(idalia@vanguardia.cu)

compás de la música a altos decibeles, y continuar la partida de dominó hasta la madrugada, lo cual convierte el escenario en una verdadera pesadilla para quienes tienen que trabajar o retornar a las aulas al día siguiente.

En medio de un contexto adverso, escuchar los acordes de buena música a un volumen moderado, ayuda a sossegar los nervios, pero si se trata de sonidos estridentes con canciones vanas, cuyo volumen supera los decibeles permisibles al oído humano, su efecto exacerba el estado de ánimo de las personas, e impide a los vecinos el descanso nocturno necesario, mucho más cuando hay niños pequeños o enfermos. De acuerdo con el criterio de especialistas, las personas requieren al menos de ocho horas diarias de sueño para reponer el organismo y que esté apto para la nueva jornada.

Recuerdo en mis años de juventud que cuando alguna persona se disponía a celebrar una fiesta o descarga —como se le llamaba a un brindis quinceañero—, era obligatorio contar con un permiso concedido por las autoridades policiales hasta las 12:00 de la noche, y de incumplir con el plazo fijado, era requerida, y hasta podía ser multada.

En Cuba, para proteger a la población de este flagelo, la Ley 81 de Medio Ambiente, puesta en vigor en el año 1997, refiere entre otras cuestiones en su artículo 147, la prohibición de producir sonidos,

ruidos y vibraciones que afecten la salud humana o dañen la calidad de vida de la población.

Además, la Ley 150/2022 Del Sistema de los Recursos Naturales y el Medio Ambiente reconoce a los ministerios de Salud Pública, Trabajo y Seguridad Social y del Interior, así como el Instituto Nacional de Ordenamiento Territorial y Urbanismo y los consejos de la administración municipal como responsables del enfrentamiento a los impactos negativos de los ruidos, vibraciones y otros fenómenos físicos, en lo concerniente a las afectaciones a la salud humana, el ambiente laboral, las disciplinas sociales, la localización de actividades productivas y no productivas, y el cumplimiento de normativas, respectivamente. Sin embargo, no siempre se exige el cumplimiento de lo establecido para imponer disciplina.

Según datos de la Organización Mundial de la Salud, el ruido puede ocasionar numerosos síntomas, como intranquilidad, ansiedad, inquietud e incluso depresión, y si pasa de los 50 decibeles, estamos en presencia de un ambiente ruidoso que causa manifestaciones clínicas molestas, como dolor de cabeza y pérdida de la audición.

El ruido excesivo también perturba las relaciones sociales al afectar la comunicación, pues para lograrla, las personas suelen reaccionar agresivamente al elevar el volumen de la voz.

La cuestión no radica en dejar de disfrutar de la música en situaciones como las descritas, sino en hacerlo con mesura, sentido común, y hasta una hora prudencial, sin menospreciar el espacio de los demás.



martirena